

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

# La prensa gráfica y el conflicto obrero a principios del siglo XX.

Gringauz, Lucrecia.

Cita:

Gringauz, Lucrecia. (2007). *La prensa gráfica y el conflicto obrero a principios del siglo XX. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/221>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## La prensa gráfica y el conflicto obrero a principios del siglo XX

Lucrecia Gringauz

Los primeros años del siglo XX han estado sin duda signados por profundas transformaciones ocurridas en nuestro territorio, principalmente en las ciudades y sobre todo en la de Buenos Aires. El arribo de miles y miles de inmigrantes ultramarinos de diversas procedencias, modificó sustancialmente la estructura y la dinámica social. La inserción de estos migrantes en la economía y en la sociedad local, pronto implicaría el surgimiento de dilemas y debates antes inexistentes y requeriría respuestas y medidas inéditas.

La cuestión social comenzaba a hacerse visible y los conflictos obreros llegaron a paralizar completamente la actividad de la ciudad puerto. La elite gobernante contemplaba la necesidad de introducir medidas tendientes a favorecer la inclusión de los nuevos sectores, al tiempo que basaba en la coerción la solución de gran parte de los conflictos.

Atendiendo a ese contexto, expondremos aquí el caso de la “semana roja” de 1909, suceso que marcó un hito, por su alcance y magnitud, y sentó precedente con respecto a los rasgos salientes que caracterizarían las protestas obreras en nuestro país: el alto grado de organización entre las agrupaciones gremiales y la represión violenta por parte de las fuerzas policiales.

Desde un abordaje histórico de los hechos, lo que este trabajo propone es una lectura comunicacional de los acontecimientos de entonces. Para ello, se analizará de qué manera intervinieron –en el marco de este episodio claramente disruptivo que fue la semana roja-, los medios gráficos de mayor circulación de la época. Se hará foco tanto en las modalidades de captura y significación de los sucesos a partir de los discursos producidos por la prensa; como también en la toma de posición de la prensa gráfica en términos periodísticos y políticos, en relación con las demás fuerzas sociales actuantes.

Veremos cómo, en un contexto cambiante y en el marco de un episodio trágico y conflictivo, se configuraron discursos y posicionamientos sociales que nos permiten reflexionar acerca de algunas de las características propias del campo periodístico en el comienzo del siglo pasado.

### **Tiempo de cambios**

Desde la consecución de la unidad física y económica del territorio, la incorporación de Argentina al mercado mundial se vio signada por una marcada aceleración y un gran crecimiento. El modelo económico y la división internacional del trabajo ubicaban al país en el lugar de productor de bienes primarios exportables. La economía agroexportadora requería

una abundante mano de obra, que excedía notablemente las posibilidades de crecimiento natural de la población local. Miles y miles de inmigrantes ultramarinos llegaron al país para cubrir la demanda. Tal como señala Mirta Lobato “entre 1869 y 1914, fecha del primer y tercer Censo Nacional, respectivamente, la población económicamente activa pasó de 923.000 personas a 3.360.000 y ese notable incremento se debió al aporte de la población extranjera que llegaba en las edades activas y era mayoritariamente masculina” (Lobato, 2000: 469). Las ciudades fueron el lugar privilegiado para el asentamiento de los migrantes y en 1914 ya albergaban al 58% de la población total del país. Así, entre 1869 y 1914 por ejemplo Córdoba pasó de 29.000 a 122.000 pobladores; Rosario de 23.000 a 226.000; Buenos Aires de 187.000 a 1.575.800 habitantes (Liernur, 2000).

Junto con el crecimiento de la población y a medida que iba acentuándose –aunque a ritmo lento- el proceso de industrialización, se constituía una multitudinaria y diversa clase asalariada. Una de sus principales características fue la heterogeneidad, dada por las diferentes modalidades de empleo, las disparidades en la retribución salarial, las distintas pautas y usos en el ámbito del trabajo, entre otras cosas. A estas disparidades se sumaban, además, las diferencias de comportamientos, costumbres y lenguajes –es decir, las diferencias culturales- asociadas a los lugares de procedencia de cada grupo.

Las fuentes de empleo más significativas en la ciudad de Buenos Aires se concentraban por entonces mayoritariamente en cuatro ámbitos: a) la construcción y otras actividades productivas vinculadas al proceso de urbanización y crecimiento edilicio de la ciudad; b) los pequeños talleres y fábricas que producían para el mercado local; c) los transportes (ferroviarios; carreros y cocheros; mayores y cocheros de tranvías); y d) el puerto (Frydenberg y Ruffo, 1992).

En la medida en que los sectores obreros crecían y se organizaban en diferentes ramas de la actividad económica, también se consolidaba una serie de instituciones típicamente representativas de los trabajadores: sociedades obreras, cooperativas y mutuales, bibliotecas, centros culturales y recreativos, órganos de prensa y organizaciones gremiales.

Poco a poco, la clase obrera iba tornándose visible en la ciudad, erigiéndose como un actor de peso en la vida económica, cubriendo la demanda de mano de obra necesaria para la reproducción y crecimiento del capital; pero instituyendo, asimismo, nuevas reivindicaciones y pautas de intercambio en términos políticos y sociales. La cuestión social –tal como se la mencionaba en la época- adquiriría dimensiones inéditas y requería respuestas igualmente novedosas por parte de la elite dirigente.

## **Sectores dirigentes**

Entre 1898 y 1904 el presidente de la república fue Julio A. Roca. Los últimos años de su mandato se vieron sacudidos por agitaciones de diversa índole (en el plano político, pero también en el gremial y estudiantil). Lo sucedió en el cargo Manuel Quintana, quien enfermó y al morir, en 1906, dejó su lugar a su vicepresidente, José Figueroa Alcorta.

Durante su gestión, Figueroa Alcorta intentó aglutinar a las fuerzas conservadoras y evitar asimismo la avanzada de los sectores opositores. Pero la situación distaba de ser calma: se habían producido en el último tiempo numerosas huelgas, protestas y boicots de anarquistas y socialistas, y el levantamiento armado radical de 1905. Como intendente de la ciudad de Buenos Aires se desempeñaba Manuel J. Güiraldes, que simultáneamente pasó a ocupar la presidencia de la Sociedad Rural Argentina. Una vez terminado el mandato de Figueroa Alcorta, en 1910, asumió Roque Sáenz Peña.

Ante la emergencia de la conflictividad social durante este período, la reacción de los sectores dirigentes combinó, en diferentes dosis y momentos, la coerción con la búsqueda de consenso. De acuerdo con Juan Suriano, “la principal característica de la política estatal frente a los trabajadores durante los primeros años del siglo estuvo signada por dos elementos centrales que apuntaban a un mismo fin: a) la política represiva cuyo principal objetivo era aislar y erradicar a los elementos más contestatarios del movimiento obrero b) la política preventiva integradora que trataba de asimilar al conjunto de los trabajadores al sistema” (Suriano, 1989-1990: 120).

Como muestra de las medidas represivas tendientes a erradicar los elementos indeseados, quizás la más representativa sea la Ley de Residencia, promulgada en 1902 (aunque el primer proyecto había sido elevado por Miguel Cané ya en 1899), que permitía la expulsión de todo extranjero que conllevara un peligro para la seguridad nacional y el orden público. Pero también la implantación del estado de sitio y el cierre de locales y periódicos obreros, la intervención del ejército en los conflictos, y la reestructuración y militarización de la policía, fueron acciones llevadas a cabo con el mismo objeto.

Respecto de las políticas tendientes a la integración y la prevención, por un lado es innegable la importancia del sistema educativo implementado desde las últimas décadas del siglo XIX. Mientras que, según el censo nacional de 1895, de los 3.245.888 habitantes el 45,6 % estaba alfabetizado, en 1914 el mismo censo arrojó que de 6.301.961 el porcentaje de alfabetizados ascendía al 62,1% (Rivera, 1998). Por otra parte, aunque su resultado no fuera tan evidente, en este período se dieron los primeros pasos en materia de política social intervencionista por

parte del estado. La creación del Departamento Nacional del Trabajo, en 1907, o el proyecto de Ley laboral de Joaquín V. González, de 1904, son ejemplo de ello.

### **La clase obrera y sus reclamos**

No obstante la marcada heterogeneidad del mundo del trabajo, ello no impide la consideración de factores coadyuvantes en la formación de una clase trabajadora que se reconocía como tal y buscaba consolidar sus propias organizaciones aglutinantes y representativas. Sin embargo, en material sindical, los intentos que se realizaron desde fines del siglo XIX en aras de consolidar la creación de una central única, fracasaron reiteradamente. Las discordias políticas e ideológicas determinaron la división del movimiento obrero en dos tendencias irreconciliables: anarquistas y socialistas. A las discrepancias de fondo, ligadas al modelo de sociedad deseado, se sumaban las cuestiones relativas a las formas adecuadas para encarar la lucha (entre otras, por ejemplo, en torno de la validez o no de la convocatoria a la huelga general). Así, a comienzos del siglo XX eran dos las centrales gremiales que convivían -no sin tensiones- en nuestro país. Una era la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) que respondía al anarquismo; y la otra era la UGT (Unión Gremial de Trabajadores) de corte socialista. Luego, un grupo considerable de militantes socialistas se escindiría de su corriente de origen y se plegaría al sindicalismo revolucionario, para formar la CORA (Confederación Regional Obrera Argentina).

Durante las primeras dos décadas de ese siglo fue la anarquista la central mayoritaria. Como exponen Frydenberg y Rufo, “el predominio del anarquismo se explica por la peculiar estructura de la clase obrera de principios de siglo: su heterogeneidad étnica y social, su dispersión productiva, su condición de inmigrantes facilitaron el desarrollo del anarquismo que apelaba genéricamente a los explotados y levantaba banderas antiestatales y de revuelta inmediata que se amoldaban al espíritu de los trabajadores.” (Frydenberg y Ruffo, 1992: 43).

Desde el surgimiento de las organizaciones gremiales, a partir de 1880, las primeras medidas de fuerza adoptadas habían tenido por objeto la reivindicación de mejoras salariales. Alrededor de 1890, se incorporó también el reclamo por la reducción de la jornada de trabajo: se aspiraba a una jornada de ocho horas, en lugar de doce, catorce o incluso dieciséis, que eran lo habitual. El establecimiento del descanso dominical fue otro de los ejes conflictivos. También el tema de la seguridad en el trabajo fue recurrente entre las demandas de los obreros. A estas reivindicaciones se sumaban hechos de corte puntual o coyuntural que llevaban a la movilización o a la huelga de los trabajadores. Muchas veces era la solidaridad con una causa la que hacía confluír la acción obrera. La represión por parte de las fuerzas del

orden y la implantación del estado de sitio eran también motivo frecuente para reclamos y protestas.

### **1909 y los sucesos de la semana roja**

En el contexto de un creciente número de huelgas y movilizaciones, las condiciones de vida de los sectores obreros no dejaban de ser sumamente precarias. En particular en el año 1909 el poder adquisitivo de los trabajadores había sufrido una involución, sobre todo en relación con los aumentos que se verificaban en rubros sensibles, tales como los alquileres y los alimentos. Sumado a esto, otro foco de descontento entre los asalariados de la ciudad era la promulgación de un nuevo Código Municipal de Penalidades, que afectaba la labor de los conductores de vehículos e imponía el uso de una cédula de vecindad a empleados de servicio doméstico y del transporte. En oposición a dicho código, durante el mes de abril los gremios anarquistas de la Federación de Rodados habían declarado una huelga general que daría comienzo el lunes 3 de mayo y se prolongaría hasta tanto fuera derogada la ordenanza. Sin embargo la medida originada en el descontento ante el nuevo código no llegó a implementarse y después de lo que ocurriría el primero de mayo, esa demanda se incorporó a las otras, relativas a la remoción del jefe de la policía y a la liberación de los obreros detenidos.

El conflicto obrero conocido como la semana roja se desencadenó a partir de la represión policial durante el acto anarquista de conmemoración del 1º de mayo de 1909. Las fuerzas del orden, al mando del coronel Ramón Lorenzo Falcón, dispararon sobre la multitud congregada en Plaza Lorea (Congreso). Hubo al menos una decena de muertos y alrededor de 80 heridos<sup>1</sup>. Mientras la Avenida de Mayo -a la altura de Entre Ríos- se convertía en el escenario de una batalla campal entre los manifestantes y la caballería del escuadrón de seguridad, algunos anarquistas corrieron hacia Plaza Constitución, donde los socialistas daban inicio a su propio acto de celebración del día del trabajador. Éste se transformó rápidamente en una marcha de duelo por los obreros caídos momentos antes. Al día siguiente, las dos centrales obreras convocaron a la huelga general. La medida duró una semana, tuvo alcance nacional y paralizó completamente a la ciudad de Buenos Aires. El acatamiento fue masivo: “miles de trabajadores adhirieron espontáneamente y organizaron piquetes para impedir que los sectores patronales utilizaran rompeshuelgas.” (Lobato y Suriano, 2003: 35) Algunas estimaciones dan cuenta de que más de 250.000 trabajadores se sumaron a la medida, sobre un total de empleados y obreros estipulado en 550.000.

---

<sup>1</sup> Es difícil determinar con precisión estas cifras. Algunas fuentes hablan de diez muertos, otras de doce. Respecto de los heridos, en algunos casos se mencionan más de setenta, en otros se computan ochenta y en otros más de cien.

Entre el primero y el nueve de mayo se produjeron diversos hechos salientes, como por ejemplo la multitudinaria manifestación del día cuatro, con motivo del sepelio de los muertos del domingo anterior. Ese día, una muchedumbre nunca antes vista -entre 50.000 y 80.000 personas- se congregó frente a la Morgue. El encuentro culminó con otro enfrentamiento con las fuerzas de la policía luego de que las autoridades se negaran a entregar los cadáveres a la masiva comitiva allí reunida. Otro hecho novedoso y disruptivo se produjo el día siete de mayo, cuando una bomba estalló en un tranvía en Corrientes y Cerrito. Recién el domingo nueve, en asamblea de gremios se decidió el levantamiento de la huelga y se convocó a los trabajadores a que regresaran a sus puestos de trabajo.

Si bien algunas de las demandas de los huelguistas fueron satisfechas por el gobierno (entre ellas la liberación de los detenidos durante el conflicto), los responsables de la sangrienta represión no obtuvieron sanción ni castigo alguno. Por el contrario, el presidente Figueroa Alcorta felicitó y reivindicó la tarea del Jefe de Policía en reiteradas ocasiones.

Pero más allá de la exaltación oficial, la figura de Falcón levantó críticas y repudios en amplios sectores de la sociedad, y por supuesto, más que nada entre los trabajadores. Como consecuencia de su accionar, el 14 de noviembre de 1909 el anarquista Simón Radowitzky acabó con la vida del jefe de Policía, al arrojar una bomba en el coche en que viajaba junto con su secretario. A partir de ese hecho, la idea de enemigo interno como principal sostén del ideario antianarquista, cobraría mucha fuerza, al punto que el accionar -las más de las veces ilegal- de los grupos de extrema derecha contó desde entonces con gran permisividad por parte de las autoridades policiales, sobre todo al año siguiente, durante la conmemoración del Centenario.

### **La prensa y el campo periodístico**

También en materia periodística las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX se caracterizaron por ser una época de transición y cambios. Por una parte, se dio un marcado proceso de modernización, en varios sentidos. La imprenta rioplatense se perfeccionó e incorporó maquinaria de última tecnología, alcanzando un volumen y un costo de producción nunca visto en la región. Por ende, el número de diarios se multiplicó rápidamente, al tiempo que aparecían nuevas obras literarias de artistas locales y extranjeros (Rivera, 1998). Muestra de estas transformaciones son las cifras correspondientes a la cantidad de diarios, periódicos y revistas circulando por entonces. De acuerdo con lo consignado por Sylvia Saitta, el número de publicaciones totales en el país pasó de 610 en

1895 a 831 en 1914. Asimismo, la cantidad de diarios se duplicó en ese período y en el año 1913 la tirada de ejemplares era de 520.000 por día (Saitta, 1998: 29-33).

En relación con los contenidos de las publicaciones y con la labor de sus hacedores, la modernización del sector implicó la incorporación del nuevo estilo periodístico norteamericano, el cual dejaba de lado el clásico diario de opinión, los públicos acotados y más ilustrados, para hacer hincapié en la importancia de transmitir lo antes posible los nuevos sucesos, las novedades, empleando siempre títulos e ilustraciones llamativas. Además, se brindaron nuevos servicios, como la suscripción mensual. También se produjo en este período una marcada profesionalización de las tareas periodísticas. Apareció la figura del escritor asalariado, remunerado por su tarea intelectual, que en muchos casos provenía de las capas medias instruidas de la sociedad. El nuevo periodismo abogó por una prensa independiente y reivindicó la producción de los intelectuales de la región, quienes en muchos casos adaptaron el léxico y las sintaxis del español a las formas y modismo locales. Todos estos factores coadyuvarían en el advenimiento de una incipiente industria cultural.<sup>2</sup>

Uno de los ejes más importantes para comprender los cambios del período, “es el intento de resolver la tensión entre un ideal de prensa independiente, a cargo de periodistas profesionales y una larga tradición de prensa partidaria, ligada a las luchas entre facciones políticas.” (Saitta, 1998: 30). Es en esta etapa cuando se evidencia el proceso de configuración del campo periodístico<sup>3</sup> a través de relaciones de fuerza entre los agentes intervinientes en él y de la configuración de los principios y propiedades que le otorgan su autonomía dentro del conjunto de la sociedad. Si antes eran el campo político y sus referentes los que determinaban el posicionamiento de cada medio escrito, hay ahora una prensa gráfica que va independizándose de las facciones políticas y asumiendo un rol diferenciado. La lógica de acuerdo con la cual cada medio asume su lugar en el campo, y por ende su posición de mayor cercanía o distancia con los demás, no es ya estrictamente funcional a su adscripción político-partidaria, sino que va organizándose de acuerdo con imperativos propios del periodismo y del mercado. En este período “los medios de prensa participan en una puja contra otros

---

<sup>2</sup> Tal como expone Renato Ortiz respecto del rol y la relevancia de las industrias culturales: “Las sociedades modernas tuvieron, por lo tanto, que generar sectores especializados de producción –las industrias culturales-. Separadas de las instituciones primarias de socialización, serían las únicas instancias con capacidad de producir objetos, valores, intenciones, para ser absorbidas en escala ampliada. Es bueno recordarlo: ninguna sociedad anterior conoció un tipo de institución semejante en la cual la cultura es ‘fabricada’, en esa proporción, en espacios separados, distintos, de la vida de aquellos que la utilizan” (Ortiz, 1996: 107)

<sup>3</sup> Según la definición de P. Bourdieu y L. Wacquant: “Un campo puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital) (...) por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.)” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 64).



medios de prensa en la que tratan de convertirse en los más serios, los más prestigiosos, los de mayor tirada, los de palabra más autorizada, los de prédica más legítima, etc.” (Sidicaro, 1993:12). La prensa comienza a verse a sí misma como mediadora entre la sociedad y el estado, como constructora de la opinión pública. La configuración de esa opinión pública, de acuerdo con la conformación de nuevos públicos y en función de su creciente segmentación y diversificación, es otro de los ejes fundamentales para pensar esta transformación de este campo periodístico. El proceso está en estrecha vinculación con el incremento de la población y su inserción en las actividades económicas, en las político-gremiales y en las socio-culturales, de la mano del masivo alcance de la alfabetización.

Además, los propios sectores trabajadores produjeron en esta época numerosas publicaciones que intervinieron periodística y políticamente en la conformación del ámbito de la opinión pública, en el marco del surgimiento de “un contrapúblico subalterno de clase obrera que con sus organizaciones, prensa y manifestaciones compitieron, se opusieron y negociaron con el público burgués y el Estado” (Lobato, 2000: 494).

### **Análisis de los medios gráficos**

Para el análisis hemos tomado algunos diarios de amplia circulación en la primera década del siglo pasado, tanto entre los que representaban a la “gente decente”, como los que estaban destinados a los sectores obreros. Entre los primeros: *La Nación*<sup>4</sup>, *El Diario*<sup>5</sup>, *La Razón*<sup>6</sup> y *La Argentina*<sup>7</sup>. Entre los segundos, los órganos de prensa del anarquismo y del socialismo: *La Protesta*<sup>8</sup> y *La Vanguardia*<sup>9</sup>.

En todos los casos, nos basamos en lo publicado por estos medios respecto del conflicto obrero, entre el 1 y el 10 de mayo de 1909. El objetivo es analizar, a partir de los discursos

---

<sup>4</sup> *La Nación* fue fundado por Bartolomé Mitre el 4 de enero de 1870. Es el segundo matutino en importancia (después de *La Prensa*) por su influencia, su tiraje y las figuras que en él colaboran. Para 1913 llega a una tirada de aproximadamente 100.000 ejemplares. Se caracteriza por su intervención en los debates políticos (como *Tribuna de doctrina*, tal como el mismo diario se identifica) y por su influencia en el campo cultural, especialmente en literatura.

<sup>5</sup> *El Diario* es el vespertino más antiguo, fundado en 1881 por Manuel Lainez. Hacia 1913 tenía una tirada de 60.000 ejemplares en dos ediciones diarias. Se lo considera representativo (por su formato y estilo) del modelo periodístico francés.

<sup>6</sup> *La Razón* fue fundado el 1 de marzo de 1905 por el periodista Emilio Morales. Se trata del primer medio gráfico en manos de un periodista que carece de relaciones con los políticos de turno. Tiene en 1909 una tirada de aproximadamente 80.000 ejemplares, ente sus cinco ediciones diarias. Es el tercer diario en importancia, después de *La Nación* y *La Prensa*.

<sup>7</sup> *La Argentina* fue fundado en noviembre de 1907, propiedad de Eduardo Mulhall. En sus comienzos, el diario era bi-semanal, pero siete años después alcanzó a imprimir 3 ediciones diarias. Se presentaba a sí mismo como *Diario de la mañana, moderno, independiente e impersonal*.

<sup>8</sup> Surgió en 1904 y originalmente fue llamado *La Protesta Humana*.

<sup>9</sup> Aparecido por primera vez en 1894. El número especial del 1 de mayo de 1906 tiró 60.000 ejemplares.

construidos y puestos a circular por cada uno de los medios, algunas características y particularidades que dan cuenta de las tensiones propias del campo periodístico de ese momento, atendiendo a ciertas modalidades de acción y estrategias de intervención según las adscripciones políticas, imperativos mercantiles, criterios noticiosos y objetivos periodísticos de cada diario.

Para ello, hemos organizado el análisis alrededor de cuatro ejes, vinculados con: los posicionamientos políticos de la prensa; la lógica mercantil y la conformación del público lector; la profesionalización del periodismo; y los criterios de construcción de las noticias.

### *Posicionamientos políticos*

Si bien en este momento ya no podemos pensar la dinámica de la prensa únicamente como producto de las luchas facciosas, ello no nos impide considerar cómo cada medio establece su posicionamiento político frente a los sucesos y frente a los actores involucrados. Los trabajadores, la policía, el gobierno, las centrales gremiales, el intendente de la ciudad, son permanentemente aludidos, y no sólo se construyen caracterizaciones de cada quien y del rol que le cabe en el conflicto, sino que también se los interpela en forma directa. Pero además, aquellos que son identificados como los protagonistas del conflicto cuentan con un espacio para su propia voz en las páginas de los diarios, sea por medio de diálogos o reportajes informales, o a través de transcripciones de proclamas partidarias o partes policiales.

Todos los diarios exponen su postura de modo explícito y dan cuenta de su posición respecto no sólo de los sectores implicados en los sucesos sino también de otros medios gráficos, partícipes de una lógica de construcción de la opinión pública que no abandona plenamente su formato de contienda política.

*La Razón*, por ejemplo, reivindica abiertamente la labor de las autoridades (aún cuando todos los demás medios refieren a la responsabilidad policial como causal de las muertes y de la huelga), e incluso felicita al presidente y expone lo que considera el deber ser de las fuerzas del orden: “El presidente de la república se ha opuesto con justa razón a que se adopten medidas de seguridad extraordinarias para la conservación del orden público en la capital. Debemos aplaudir el juicio y la serenidad conservadas por el primer magistrado (...) La acción policial debe ser exclusivamente preventiva y en el peor de los casos no debe pasar el límite de lo absolutamente necesario para contener cualquier desborde...” (*La Razón*, 4ta. edición, 4/5/1909).

*La Nación*, en cambio, manifiesta una postura tanto más distante y crítica respecto del accionar de los sectores gobernantes.<sup>10</sup> En una nota que da cuenta del frecuente tono adoctrinador del diario, dice: “La ciudad está purgando el pecado de tener, en lo policial como en lo municipal –dos fases igualmente importantes de la vida urbana- autoridades que no le inspiran afecto y que le merecen poca confianza. Productos de la política, se ocupan demasiado de política y desatienden la función primordial de identificarse con la masa de los administrados.” (*La Nación*, 4/5/1909).

La postura del diario *La Argentina*, en su editorial del martes 4 de mayo, va más lejos en su ataque directo a la figura presidencial: “Pero el Presidente ama lo que el pueblo detesta y el jefe de policía es hoy uno de esos favoritos que ya no se estilan, propio de los tiempos medievales. No estamos ya en la Edad de Hierro, en que don Pedro el Cruel, ciegamente obedecido por Juan Diente, hacía de las suyas.” (*La Argentina*, 1ra. edición, 4/5/1909).

En el campo obrero, las apelaciones a las autoridades son permanentes, y las críticas no escatiman caracterizaciones ni calificativos. *La Vanguardia* dice del presidente, por ejemplo, “Figuroa Alcorta, en su pequeñez de gobernante sin ideas ni escrúpulos ha de estar cansado del movimiento obrero y socialista y ordenó a sus esbirros la represión violenta.” (*La Vanguardia* 3/5/1909). El socialismo suele recurrir a su órgano de prensa también para dirigir su discurso de modo directo a las autoridades: “Comunico al Sr. Jefe de policía que el partido Socialista ha acordado invitar al pueblo de la capital a concurrir mañana (...) con el fin de suscribir la nota que se elevará al gobierno reclamando la renuncia del Coronel Falcón de su cargo de Jefe de Policía...” (Carta del secretario del Partido, Mario Bravo. *La Vanguardia*, 6/5/1909).

El anarquismo, a través de *La Protesta*, alude e interpela con frecuencia a quienes posiciona como sus enemigos. Además, asiduamente equipara y unifica el campo de la política con el del periodismo: “*La Prensa*, diario que antes atacaba duramente a las autoridades por los atropellos que cometían contra el pueblo (...) actualmente se ha convertido en portavoz de la infamia gubernamental (...) y complaciente publica la sensacional noticia de que el movimiento huelguista es debido á unos cuantos agitadores extranjeros, á quienes hay que expulsar (...) Sepan *La Prensa* y el coronel, que entre los elementos que más descollan por su actividad en la propaganda y en la lucha, los más numerosos son argentinos.” (*La Protesta*, 6/5/1909). De la misma manera denuncia: “La nota la dan los diarios. Dos babosos aspirantes

---

<sup>10</sup> Es importante tener en cuenta que, más allá de los sucesos de la semana roja, “*La Nación* mantuvo en todo momento su oposición a lo que consideraba un proceso político absolutamente viciado (...) a principios de octubre de 1910, *La Nación* formuló un balance extremadamente negativo de la gestión de Figuroa Alcorta.” (Sidicaro, 1993: 27).

a encaramarse en el pudridero de la política: *La Prensa* y *La Razón*. La primera vieja prostituta, que jamás se detuvo en remilgos de virtuosa, que su única preocupación fue y será la de explotar al pobre trabajador con sus anuncios denigrantes de venta de brazos (...) con una parcialidad que asombra, tiene la audacia de desconocer la premeditación y la alevosía que la jefatura de policía, en al persona del microcéfalo jefe, preparó en el asesinato del 1°. La segunda, *La Razón*, órgano de un lacayo empoltronado, de un negro que no hace mucho sacábale la salivadera a un periodista de la Avenida, del cual era sumiso servidor (...) Pero, ¿qué más pueden decir esos imbéciles? (...) Nunca fueron nada y nunca serán nada (...) Vendidos! Amorfos! (*La Protesta*, 4/5/1909)

### *Entre nosotros, ellos y todos*

Las posturas asumidas por cada diario frente a los actores protagónicos del conflicto del 1° de mayo, y frente a los otros medios de comunicación, supone una definición periodística a la vez que política. De la misma manera, la apelación a unos u otros sectores sociales en calidad de lectores, también nos permite analizar qué lugar construye cada publicación para sí misma. En esta apelación y construcción de un público (que implica un recorte respecto del universo de lectores posible) se hace evidente la intersección de imperativos diversos, no siempre compatibles. Si la tradición de intervención política de la prensa conlleva un posicionamiento explícito y contundente, la lógica mercantil requiere la captación de sectores del público diversos a fin de garantizar tiradas de mayor envergadura y por ende, mayores ingresos. Esta tensión se manifiesta de modos diferentes en este período.

En la prensa obrera, la pretensión de una definición tajante respecto de un “ellos” y un “nosotros” marca las pautas salientes de la construcción de un público lector, por encima de todo imperativo comercial. Tanto en *La Vanguardia* como en *La Protesta*, el “nosotros” remite indistintamente a trabajadores, clase proletaria, pueblo, obreros; mientras que el “ellos” está –alternativa o simultáneamente- constituido por la burguesía, el gobierno, la policía, la prensa burguesa. Luego del 1° de mayo, las fuerzas de seguridad (en calidad de brazo armado del Estado y como indiscutido antagonista de los trabajadores) son las más aludidas<sup>11</sup>. Los

---

<sup>11</sup> Sin embargo, *La Vanguardia* considera a algunos de los miembros de las fuerzas de seguridad como parte del “nosotros”, aunque les atribuye la condición de traidores, o equivocados. Tal como publica el 7 de mayo: “Conscripto! A vosotros que estáis haciendo en estos momentos el rol de Judas traicionando a la clase obrera y sirviendo de puntal a la clase capitalista bárbara y asesina –quizá inconscientemente, quizá por miedo- nos dirigimos una vez más exhortándoos a bajar vuestras armas homicidas que dos representantes de una vil gauchoocracia – Falcón y Figueroa Alcorta- os han impuesto por vergüenza vuestra para efectuar masacres y asesinatos en las filas proletarias, a las cuales, ¡oh dolor! pertenecéis seguramente, o vuestras familias (...) Conscriptos!! Desacatad la voz de los mandones asesinos del pueblo ¡Abajo las armas!” (*La Vanguardia*, 7/5/1909).

policías son “cosacos”, “esbirros”, “genízaros” (sic), y en calidad de tales actúan de modo “prepotente”, como “cobardes hasta lo inaudito” (*La Protesta*, 4/5/1909) y en “actitud de repetir los acostumbrados crímenes que caracterizan a la siniestra repartición” (*La Vanguardia*, 4/5/1909). El jefe de policía, denominado por los socialistas como “el verdugo Falcón” es también, entre otras caracterizaciones, “el flojo coronel que manda asesinar a traición y a mansalva” (*La Protesta*, 4/5/1909). Muchas de las notas de los diarios obreros terminan reclamando la remoción o la muerte de Falcón.<sup>12</sup> A modo de ejemplo: “Trabajadores y ciudadanos: El Comité Ejecutivo del partido Socialista os exhorta a no trabajar desde hoy hasta que renuncie o sea despedido el jefe de policía (...) Viva la huelga general. Fuera el jefe de policía!” (*La Vanguardia*, 3/5/1909).

En cambio, en la prensa no obrera, la configuración de un “nosotros” resulta de la apelación, alternativa a “los vecinos”, “la población”, “el público”. En el caso de *El Diario*, por ejemplo, se hace foco reiteradamente en “los vecinos de la ciudad”, aludiendo “al buen sentido público” o “al vecindario pacífico”, y se presenta en cada caso como su portavoz.

Los límites del “nosotros” propuesto por estas publicaciones tienden a ensancharse en la medida en que cada diario se postula como representante de amplios sectores sociales. La popularidad y la masividad de cada medio es presentada como una conquista de valía y como un argumento legitimador ante la sociedad en general y al interior del campo periodístico en particular.

Así, *La Razón* dice: “con una satisfacción bien comprensible y justificable, podemos decir que LA RAZÓN ayer ha respondido fielmente a las expectativas del público, quien arrebató de manos de los vendedores nuestros ejemplares, alcanzando así un tiraje que jamás fue superado por diario vespertino alguno, pues llegó a 83.000 ejemplares” (*La Razón*, 5ta. edición, 4/5/1909). O también: “El público que ha acudido a nuestras oficinas en demanda de informes o los ha solicitado telefónicamente, demuestra claramente lo impresionante que ha sido este drama.” (*La Razón*, 5ta. edición, 1/5/1909).

*La Argentina* publica algo similar en una pequeña nota titulada “La popularidad de LA ARGENTINA”, que en su primer párrafo asevera: “La extraordinaria popularidad de LA ARGENTINA jamás ha tenido una confirmación más elocuente que ayer.”, y continuaba: “El público literalmente arrancaba los números de las manos de los vendedores. Tal fue la

---

<sup>12</sup> Los partidarios del anarquismo, contrarios por su ideología a bregar por la remoción de un funcionario (por considerarlo apenas un instrumento del sistema, cuyo reemplazo no implicaría en realidad una verdadera transformación), asumieron como consigna la exigencia de dimisión de Falcón una vez que ésta se hubo instalado entre amplios sectores de la población.

demanda, que ayer hubo que mantener en plena función las rotativas...” (*La Argentina*, 5ta. edición, 3/5/1909).

No obstante, la línea demarcatoria que aquí separa el “nosotros” del “ellos” no desaparece: los sectores obreros anarquistas o quienes los apoyan no son parte del público interpelado. Por ejemplo en *La Nación* puede leerse: “Así como la población de la ciudad, que detesta la plaga del anarquismo, tuvo un solo estremecimiento de repulsión al saber el ensañamiento sangriento con que fueron reprimidos los desmanes pseudo anarquistas del 1 de mayo, así también la masa de habitantes de esta gran metrópoli va opinando con rara unanimidad que el paro ocasionado por aquellos sucesos no debe ni puede prolongarse un día más.” (*La Nación*, 6/5/1909). Por su parte, *La Argentina* hace mención constante a los percances que la huelga ocasiona a los habitantes de la ciudad, excluyendo de entre éstos a los sectores obreros. Así, comentando la situación que se vivía en las calles porteñas, rezaba: “Las mujeres y los niños, excepto los de la clase obrera, brillaban por su ausencia en los tranvías y sitios de tránsito público, viéndose en cambio a muchas familias asomadas a los balcones, como único lugar seguro de expectación.” (*La Argentina*, 3ra. edición, 6/5/1909).

### ***Una misión basada en la profesionalidad periodística***

Podemos ver que la idea de misión, expuesta de modo explícito en los medios gráficos, da cuenta de una pretendida intervención en la sociedad justificada principalmente por la obligación de contribuir al bien público, más allá de conveniencias particulares. Esta misión aleja a la prensa de la intervención facciosa y la ubica en la búsqueda de la profesionalización de la labor periodística, por sobre los intereses políticos y/o partidarios.

Dicha profesionalización se vincula con el acceso a fuentes objetivas y veraces, en ocasiones privilegiadas; con la rapidez con la que cada medio se presenta en el lugar de los hechos y cubre un suceso, con la multiplicidad de voces que son citadas en cada diario, etc.

Con respecto al acceso a las fuentes, por ejemplo, *La Vanguardia* bajo el título “Un triunfo de *La Vanguardia*. La policía le niega información – tienen miedo”, narra que “siguiendo la costumbre de recurrir a todas las fuentes en bien de la información, enviamos ayer a uno de nuestros reporteros para que transcribiera los telegramas policiales en la oficina de guardia del departamento”. Ante la negativa policial, la nota termina diciendo: “por otra parte, nuestra información no se resentirá en lo más mínimo, pues siempre hemos tenido una prudentísima duda en cuanto a la veracidad de las versiones policiales.” (*La Vanguardia*, 9/5/1909). Días antes *La Nación* planteaba la misma situación: “Las medidas adoptadas por la policía para reservar en absoluto cuanta información se relaciona con el asunto del día (...) esto no

obedece a una orden del jefe de policía (...) y su segundo, más realista que el rey, se opuso terminantemente a que los diarios llenaran su misión. Yo creo –les dijo- que los resultados de esta huelga se deben principalmente a los diarios, que apadrinan a los agitadores con el solo hecho de publicar cuanto se refiere al movimiento.”(*La Nación* 4/5/1909).<sup>13</sup>

En cuanto a la rapidez de cada medio, por ejemplo *La Argentina* postula: “Inmediatamente que tuvimos conocimiento del tiroteo, pusimos en movimiento nuestros reporters los que, constituidos en el lugar de los hechos, pudieron constatar...” (*La Argentina*, 5/5/1909), para luego transcribir textualmente las opiniones de testigos de los hechos. La presencia de un representante del medio cerca de los sucesos, o su acceso a las fuentes de información privilegiada son hechos frecuentemente mencionados en los diarios. Muchas veces es relatada como parte de la propia noticia la acción emprendida por el medio, a través de sus reportes, o hasta de los canillitas, para permitir el acceso del público a la información. Las acciones que impiden la labor del diario, también aparecen narradas.

*La Protesta* alude a sus canillitas del siguiente modo: “varios chicos de los que vocean diariamente LA PROTESTA fueron en la mañana de ayer detenidos por un desgraciado instrumento del flojo coronel que manda asesinar a traición y a mansalva, pero que es incapaz de ponerse al frente de sus subordinados asumiendo la responsabilidad” (*La Protesta*, 4/5/1909). Algo muy similar señala *La Vanguardia*: “en las primeras horas de ayer, los vendedores de diarios que voceaban los boletines de LA VANGUARDIA eran detenidos, prohibiéndosele la venta. En muchas comisarías eran rotos los ejemplares, sin pagar, por supuesto, su importe a los vendedores.” (*La Vanguardia*, 4/5/1909)

Con respecto a la labor de informantes y reporteros, *La Razón* del día 6 de mayo publica: “Nosotros, en procura de la confirmación de estos hechos, que resultan verdaderamente deplorables, hemos agotado todos los medios de investigación posible, pero sin resultado deseado.” (en relación con la supuesta muerte de unos conscriptos. *La Razón*, 5ta. edición, 6/5/1909). De la misma manera, al día siguiente, dice este diario: “A este fin único nos dirigimos a nuestro informante, que el mundo comercial representa uno de los factores de gran significación en esta capital” (sobre las versiones y apreciaciones circulando en la Bolsa de Comercio acerca del conflicto. *La Razón*, 3ra. Edición, 7/5/1909)

---

<sup>13</sup> Es interesante ver cómo es percibido por la policía el modo en que los medios gráficos intervienen en el conflicto. De acuerdo con lo informado en ese momento: “las hojas de publicidad” se han caracterizado por “la incitación a la revuelta y las represalias sangrientas (...) No tendría V.E. para convencerse de ello, sino recorrer los números aparecidos en los días de mayor conmoción e intranquilidad, de los diarios *El Nacional*, *La Argentina*, *El Diario*, *Última Hora* y *El País*, leyendo en ellos cuando no en todos sus caracteres, las entrelíneas y el sentido de la prédica a todas luces subversivas.” (*Memoria de la Policía de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1909, en Suriano, 1989-1990:125)

El aquí y ahora, que vincula a los acontecimientos con la presencia del medio, y por ende con la idea de inmediatez, de primicia, es permanentemente reforzado mediante el uso de algunos deícticos, que ubican al diario en el lugar y el momento oportuno. A modo de ejemplo, *La Razón* aclara: “En este momento, 12 del día, se nos comunica que los doctores Justo y Bravo han sido puestos en libertad.” (*La Razón*, 5ta. edición, 4/5/1909). Del mismo modo, *La Protesta* publica: “A la hora de cerrar este boletín la policía sigue rodeando el local de LA PROTESTA.” (*La Protesta*, 2/5/1909).

El nivel de profesionalización alcanzado es también motivo de tensiones y disputas al interior del campo. En ese sentido, *La Razón*, por ejemplo, hace público su malestar por no ser reconocido por sus pares: “Fuimos los únicos decimos, por eso nos causa disgusto constatar que nuestro colega de ‘La Nación’ habla en su crónica de hoy de ‘los diarios’ que anoche llevaron la noticia...” (refiriéndose a que *La Razón* fue el único medio que anunciara la aparición de la bomba el mismo día de la explosión. *La Razón*, 3ra. edición, 8/5/1909).

Algunas de las modalidades de construcción de la noticia que hemos señalado (el uso de deixis, el relato pormenorizado de la labor de los periodistas o los canillitas, el uso de la primera persona, entre otras) parecen tomar distancia de la impersonalidad y objetividad con que en la actualidad solemos vincular la verosimilitud de las publicaciones noticiosas. Durante la semana roja, en cambio, la profesionalidad que los medios postulan y reivindican no se presenta como un factor excluyente respecto de la asunción de los propios diarios de su condición de actores implicados, de un modo u otro, en la construcción de las noticias.

### ***Tensiones y consensos***

A pesar de las diferencias presentes entre los medios analizados (en términos de posicionamientos políticos, sectores de público lector, volumen de las tiradas, disponibilidad de recursos, franja de emisión –matutina o vespertina-, etc.) y de las tensiones observadas (tanto a nivel político como periodístico), resulta llamativa la ausencia de grandes discrepancias en los criterios de construcción de los hechos como noticias<sup>14</sup>. Todos los diarios analizados presentan, a grandes rasgos, los mismos sucesos, que podríamos considerar los hitos noticiables del conflicto: la represión del 1º de mayo, la negativa del gobierno a entregar los cuerpos en la morgue a la multitud allí congregada el día cuatro, el estallido de una bomba en un tranvía, el fin de la medida de fuerza y la paulatina normalización de la ciudad. Cada uno de estos sucesos ocupa las portadas de los diarios y se les dedican las principales

---

<sup>14</sup> Asumimos aquí que el pasaje de un acontecimiento a la categoría noticia es, necesariamente, “el resultado de un trabajo en producción cuyo primer paso consiste en la aplicación discrecional de los criterios de noticiabilidad establecidos por el medio” (Martini, 2000: 84)



columnas, intentando volcar en ellas varias versiones (de las autoridades, de los dirigentes obreros, de testigos presenciales, o del propio cronista enviado a cubrir los hechos) de lo acontecido. También se incluyen partes oficiales, informes policiales, listados de muertos y heridos, o convocatorias a mítines de las centrales obreras. Si bien los criterios de noticiabilidad<sup>15</sup> se deducen coincidentes en los distintos medios, cada uno de los diarios parece esmerado en destacar su propio enfoque y criterio de selección y construcción de las noticias como el más representativo respecto de lo que *todos* piensan, es decir, de lo consensuado en el ámbito de la opinión pública. En ese sentido, los medios dan cuenta en reiteradas ocasiones de un pretendido consenso pleno en torno de ciertos tópicos y cuestiones fuera de toda duda y discusión. Y, frente a esas unanimidades, cada diario se erige como privilegiado o esclarecido vocero. Así, *El Diario* postula que “Ahora ya la protesta no es únicamente obrera. La ciudad en masa condena el atentado y reclama un castigo.” Y agrega: “El peligro inherente a esta situación es obvio. La iniciación de represiones sangrientas puede ocasionar de un momento a otro, nuevas jornadas de sangre. El buen sentido público, que nunca se engaña con estas cosas, lo comprende perfectamente.” (*El Diario*, 4/5/1909).

*La Razón*, también remite a lo que está fuera de discusión y controversia: “El carácter que está asumiendo este movimiento no permite abrigar dudas respecto a la necesidad imperiosa de buscar una vía de solución cualquiera a fin de que la calma vuelva a imperar en el espíritu público acongojado en estos momentos por los hechos sucedidos y por los que pueden suceder.” (*La Razón*, 4ta. edición, 4/5/1909). Y *La Nación* traduce lo que todos sienten: “el atentado del sábado no tiene la virtud de una medida represiva contra avances anarquistas que todo el mundo mira con antipatía” (*La Nación*, 4/5/1909). La finalización del conflicto, asimismo, es presentada como generadora de consensos. Dice *El Diario*: “Todo el mundo se felicita de la terminación de la huelga por el estado de inquietud e incertidumbre en que se hallaba la población” (*El Diario*, 10/5/1909).

Este consenso social que los medios gráficos construyen como absoluto en torno de ciertos tópicos, se hace aún más evidente si analizamos lo publicado a raíz de la explosión de la bomba el día 7 de mayo. El suceso no sólo es enérgicamente condenado y repudiado, sino que es abordado como un hecho foráneo que se encuentra más allá del horizonte de posibilidades de esta sociedad. Dice, por ejemplo, *La Nación*, al día siguiente del estallido: “Todas las

---

<sup>15</sup> Siguiendo a Martini, los criterios de noticiabilidad responden a un conjunto de condiciones y valores de órdenes diversos que se atribuyen a los acontecimientos. En términos de *efectos*, por ejemplo, algunos de los factores determinantes del carácter noticiable de un suceso serán: la novedad; la originalidad, imprevisibilidad e ineditismo; la evolución futura de los acontecimientos; la importancia y gravedad; la proximidad geográfica del hecho a la sociedad; la magnitud por la cantidad de personas o lugares implicados; la jerarquía de los personajes implicados; la inclusión de desplazamientos. (Martini, 2000)

clases sociales confundieron anoche en un solo gesto vindicatorio, en una sola palabra justiciera, al reprobación del hecho (...) no hay palabras suficientemente enérgicas para condenar este crimen (...) verdadera manifestación del odio humano sin término ni objetivo.” (*La Nación*, 8/5/1909).

Ante este hecho, la única excepción está dada por *La Protesta*, que apenas menciona el episodio el día ocho, y el nueve publica una nota titulada “La bomba y los diarios”, en la que critica a la prensa burguesa que no se detiene a preguntarse el por qué del atentado. Este diario afirma: “Nosotros lamentamos las víctimas inocentes, deseamos que si ha de haber bombas, bueno es que caigan sobre las cabezas de los verdaderos culpables y no de infelices. Y no obstante ello, no podemos ni condenar ni aprobar el hecho de anteayer!” (*La Protesta*, 9/5/1909). Vale recordar que *La Protesta* había publicado días antes una nota que decía: “nuestra voz incita a la revancha. No inútilmente debe correr la sangre del pueblo...” (*La Protesta*, 5/5/1909).

A pesar de esto, en ningún diario se evidencia la construcción de un lugar de culpabilidad en torno del atentado ni la ubicación en él de algún sector obrero. El hecho es permanentemente articulado sobre la idea de la excepcionalidad. *La Razón* dice: “Fruto extraño en absoluto al ambiente argentino, el fermento generador de estos crímenes, no lo había concebido Buenos Aires como expresión de las ideas sociales más avanzadas que aquí se agitan y propagan.” (*La Razón*, 3ra. Edición, 8/5/1909). Y, ese mismo día, *La Nación* publica: “Sabemos que la enorme masa obrera de Buenos Aires no es responsable de este crimen y que solidarizarla con él fuera incurrir simplemente en un error, que sólo la más ciega de las obcecaciones puede acoger” (*La Nación*, 8/5/1909).

Resulta llamativo, por otro lado, que en ningún momento de esa semana signada por una serie de hechos agresivos y conflictivos aparezca la violencia como un eje para la construcción de un discurso estigmatizador de los sectores trabajadores. Por el contrario, *El Diario* postula que: “el obrero es en Buenos Aires, por regla general y con excepciones contadas, sincero y obediente. A la masa proletaria, salvo en los casos de huelgas sistematizadas, se la maneja y encarrila fácilmente sin apelar a la extraña violencia.” (*El Diario*, 4/5/1909). El análisis planteado por *La Nación* no contradice esa aseveración. Allí dice que “nadie pone en duda que la policía ha procedido con excesiva dureza”, y luego agrega: “aparte de los lamentables acontecimientos de anteayer, existen otras causas que vienen determinando de tiempo atrás un visible malestar entre las clases trabajadoras. El alza de los artículos de primera necesidad les ha creado una situación evidentemente difícil...”, y prosigue: “a la policía toca la parte principal en las responsabilidades del lamentable episodio.” (*La Nación*, 4/5/1909).

## **Algunas consideraciones finales**

El objeto de este trabajo fue reflexionar acerca de las modalidades de intervención de la prensa gráfica en el contexto de los profundos cambios de principios del siglo XX. La propuesta fue combinar un acercamiento histórico con una mirada comunicacional que nos permitiera abordar este momento de especial relevancia en el devenir político, económico y social en nuestro país. Considerando lo ocurrido durante la semana roja de 1909 como un hecho altamente disruptivo, pero a la vez representativo de los conflictos de la época, hemos analizado qué configuraciones de sentido circularon en ese momento a través de algunos de los diarios de mayor importancia y tirada.

Vimos aquí, entonces, cómo la contienda política juega un importante rol en la –explícita- definición de las posiciones de los medios. El posicionamiento político de cada diario implica (y se evidencia discursivamente en) la definición de un campo de acción, la asunción de una postura dentro del mismo, la reivindicación de ciertos referentes, y la crítica y el ataque de las fuerzas detractoras o enemigas. Pero, al mismo tiempo, la dinámica propia de este incipiente campo periodístico -destinado a imbricarse en la lógica de la industria cultural- supone la necesidad de cada medio gráfico de dotarse de un público lector, destinatario y cliente de su producto: es la capacidad de representar y convocar a sectores mayoritarios del público la que condiciona el éxito del diario, en tanto empresa compitiendo en el mercado. Por otra parte, señalamos cómo los imperativos del periodismo moderno introducen un nuevo eje en la definición de la lógica del campo: la paulatina profesionalización de la actividad periodística impone una modalidad de producción de la noticia que comienza a operar como explícita justificación y legitimación de la misión social asumida por cada medio. Y todos apelan a su carácter de traductores y representantes de la opinión pública, sabiéndose al mismo tiempo, actores de peso en la configuración de la misma.

Además, este abordaje a partir de los discursos de los diarios, nos permitió conocer un cierto ideario de época, y analizar configuraciones de sentido recurrentes, comunes, incluso algunas aparentemente universales e indiscutidas, que se manifiestan en los medios a la vez que son construidos por ellos; y que van mucho más allá de los sucesos de la semana roja.

Por eso, es pertinente y necesario destacar que el enfoque histórico sobre los medios masivos se torna esencial para comprender la manera en que éstos han configurado sus parámetros y criterios de intervención en la sociedad, a la vez que han ido modificando y reconfigurando ese escenario social a través del que circulan los sentidos con los que todos, cada día, damos cuenta de nuestro propio mundo.

## **Bibliografía consultada**

- Bourdieu, P., *Sociología y cultura*, Ed. Grijalbo, México, 1990
- Bourdieu, P. y Wacquant, L., *Respuestas por una antropología reflexiva*, Ed. Grijalbo, México, 1995
- De Marco, M. A., *Historia del periodismo argentino. Desde los orígenes hasta el Centenario*. Ed. De la Universidad católica Argentina, Buenos Aires, 2006
- Echagüe, C., *Las grandes huelgas*, Colección La historia popular. Vida y milagros de nuestro pueblo, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971
- Ford, A., *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 1999
- Frydenberg, J. y Ruffo, M., *La semana Roja de 1909*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992
- Godio, J., *Historia del movimiento obrero argentino. 1870-2000*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 2000
- Iscaro, R., *Historia del movimiento sindical*, Ed. Fundamentos, Buenos Aires, 1993
- Liernur, J. F., “La construcción del país urbano”, en *El progreso, la modernización y sus límites*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000
- Lobato, M. Z., “Los trabajadores en la era del progreso”, en *El progreso, la modernización y sus límites*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000
- Lobato, M. Z. y Suriano, J., *La protesta social en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003
- Martini S., *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2000.
- Oddone, J., *Historia del socialismo argentino*, Talleres gráficos La Vanguardia, Buenos Aires, 1934
- Ortiz, R., “Cultura, comunicación y masa”, en *Otro territorio, ensayos sobre el mundo contemporáneo*, UNQ, Buenos Aires, 1996
- Rama, A., *La crítica de la cultura en América latina*, Biblioteca Ayacucho, Barcelona, 1984
- Rivera, J. B., *El escritor y la industria cultural*, Ed. Atuel, Buenos Aires, 1998
- Romero, J. L., *Desarrollo de ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Ed. Solar, Buenos Aires, 1983
- Saitta, S., *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998
- Sidicaro, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1993
- Suriano, J., “El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916” en *Anuario*, No. 14, Rosario, 1989-1990